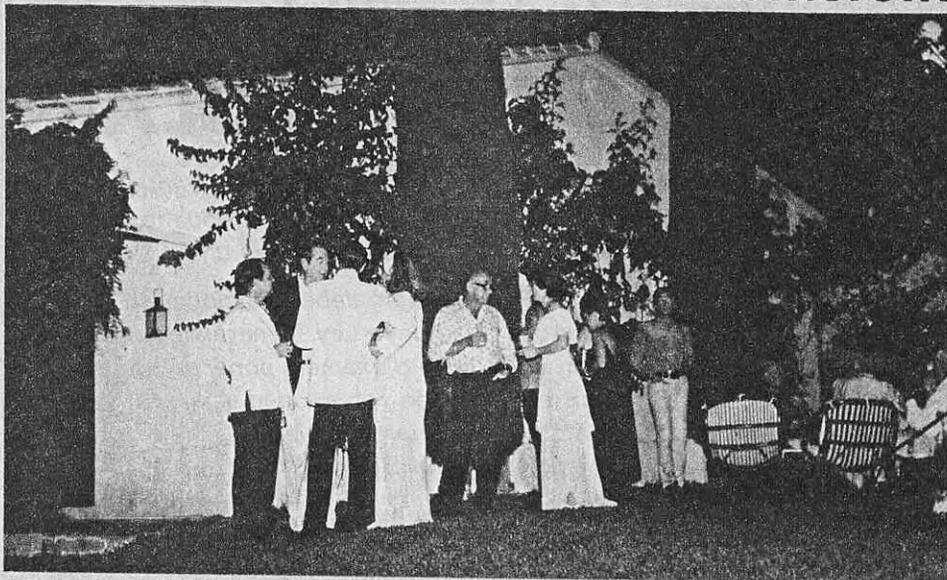


REUNION DE FAMOSOS

Fiesta en casa de los Rubinstein



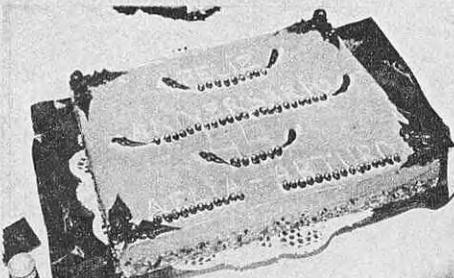
Los invitados charlan en el jardín de la casa del señor Rubinstein

EN la terraza de la casa, los invitados habían formado media docena de grupos, en espera de la cena. El dueño de la casa, una anciana gloria de la música, el maestro Arturo Rubinstein, dialogaba en un aparte con el barón Rotschild, una anciana gloria de las finanzas. A su alrededor, algo más de una treintena de personas resumían la verdadera élite de Marbella: los condes de Romanones, la duquesa de Rochefoucaud con su esposo, los duques del infantado, los condes Larisch, el conde Rudolph von Schömberg y su esposa, la princesa María Luisa de Prusia, Deborah Kerr y su esposo, etc., etc. Algo pasadas las diez de la noche, cuando los invitados estaban ya distribuidos en seis mesas sobre la terraza del chalé, llegó el príncipe Alfonso de Hohenlohe con su mujer. Estaban «todos».

El «catálogo» de coches a la entrada de la casa es sorprendente: un 600 —Seat— blanco convive sin complejos con un Peugeot 504 verde oscuro metalizado, de chapa suiza y aspecto señorial, y con un gigantesco automóvil americano —un Lincoln— de techo descapotable.

UN MENU ESPECIAL

La reunión tiene un objetivo muy concreto: celebrar el 44 aniversario del matrimonio Rubinstein. Pero es también un pretexto para el encuentro, para la conversación cómoda, entre amigos; para vestir en cuidado estilo deportivo; para comer bien; hasta para bailar.



El pastel conmemorativo del cuarenta y cuatro aniversario

El menú ha sido preparado por la señora Rubinstein, comenzando con un «visi soir», para seguir con «San Pedro» (pescado frío), continuar con un plato polaco que la anfitriona ha preparado especialmente, con fórmula secreta, y culminar con una gigantesca tarta que felicita a la pareja, tan cercana ya a sus bodas de oro.

MEMORIAS EN TRECE IDIOMAS

Los jóvenes son pocos en la reunión. Uno de ellos, Antonio, está ayudando al maestro Rubinstein a preparar sus memorias, que constituirán, sin duda, un hilo conductor a través del arte musical del último medio siglo.

—Don Arturo, ¿está avanzado ya el libro?

—¡Qué va! Apenas hemos hecho una cuarta parte. Ha de llevar varios tomos, pero los editores quieren que esté todo completado antes de iniciar la publicación.

—Habrá ya una gran expectativa por darlo a conocer...

—Verá usted, ya están traduciéndolo a trece idiomas, inclusive el japonés.



La señora de Rubinstein saluda a Jackie Lane, esposa del príncipe de Hohenlohe

VACACIONES



El príncipe Alfonso de Hohenlohe saluda a Arturo Rubinstein a su llegada a la fiesta

LOS MISMOS DE SIEMPRE

La reunión continúa hasta la madrugada. Los temas dominantes pueden seguirse apenas con aproximarse a cada grupo: la condesa Larisch, presidenta del club de jardinería de la Costa, investiga constantemente las novedades de su «hobbie» y siempre tiene alguna anécdota para contar sobre un nuevo injerto maravilloso; la duquesa de Rochefoucaud no se deja llevar por el tópico de los negocios, pero a veces es consultada sobre la marcha de su importante empresa de cosméticos, de la que escapa constantemente hacia Marbella, para vivir en el Rincón del Mar, junto a los barones Von Pantz; el barón Rotschild enfoca todos los temas, pero con frecuencia roza la de alta política internacional y, naturalmente, las altas finanzas.

El círculo, por momentos, se amplía con una figura del cine, un gran político. (En el Marbella Club, Winston Churchill vivía «como en su casa» y lucía una camisa de mangas cortas, escondido a las curiosidades periodísticas, en tiempos en que los políticos jamás se dejaban ver sin uniforme de chaqueta y corbata.) Pero, en esencia, esa aristocracia marbellí —de residentes o de retornadores constantes a la Costa del Sol— es siempre la misma que estuvo reunida en la acogedora mesa del maestro Arturo Rubinstein.—HORACIO. (Fotos: MARGARITA.)



La señora Rubinstein se sirve un refrigerio